

COMPAÑERA: ¡LIBERAT  
UNITE- NOS SEPA  
A NOS SEPA  
Y FA



# MI VIVENCIA DEL '68

Andrés Fábregas Puig



En mi libro *Los años estudiantiles* (UNICH/COLSAN/UDG, México, 2005), narro algunas de mis experiencias durante el movimiento estudiantil ocurrido en México en 1968. No es el caso repetir lo escrito. A través de la revista *Diario de Campo* se presenta la oportunidad de añadir unas palabras más.

Viví el año de 1968 como lo vivieron miles de estudiantes en las calles de la Ciudad de México. Cursaba el penúltimo año de la maestría en etnología con especialidad en etnohistoria en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) y en mi calidad de alumno de esa institución, había participado en discusiones, mítines, manifestaciones, prácticamente desde el primer trimestre de estudios. Ingresé a la ENAH en 1965 y fui afortunado al encontrarme con una generación excepcional que ha tejido una huella profunda en la antropología en México. Los alumnos de mi generación participamos en la inauguración de los locales de la ENAH que se trasladaban de su sede en pleno Centro Histórico de la Ciudad de México, en las calles de Moneda, a las aulas construidas ex profeso en él, por aquel entonces, nuevo Museo Nacional de Antropología. El año de 1968 se nos vino encima en medio de acontecimientos internacionales que constituían los grandes sucesos modeladores de la época: las guerras de guerrillas en América Latina, la Guerra de Vietnam,

el prestigio de la Revolución Cubana y de sus líderes y la discusión en el país acerca de la vigencia de la Revolución Mexicana iniciada en 1910 y la pertinencia de enfilarlos hacia un México monocultural o hacia otro, pluricultural. El marxismo en varias de sus expresiones dominaba las aulas de las universidades, por lo menos en la Ciudad de México.

El cambio sustancial, estructural, de las sociedades de América Latina en general y de la de México en particular era uno de los temas cotidianos de discusión. La solidaridad con la Revolución Cubana era parte de nuestro mundo. El Che Guevara había sido asesinado en Bolivia en 1967 pero estaba presente en nuestras voces. La aspiración a crear una sociedad de iguales, en donde la desigualdad social fuese asunto del pasado, era uno de los anhelos generacionales, vividos y expresados de diferentes maneras. Sentíamos que no participábamos lo suficiente en la elaboración de nuestro país, que el Gobierno era un régimen autoritario e incluso, con pronunciados prejuicios hacia los jóvenes. Éramos o fuimos, una generación alegre -por lo menos en la ENAH- y optimista. Confiábamos en nuestra capacidad y energía para transformar el país y contribuir al establecimiento de una sociedad que queríamos justa, si bien no pudiésemos en aquellos momentos definir con precisión qué era ello. En ese contexto de ideas



27 de agosto de 1968, mantas denunciando a la histórica prensa al servicio del estado.

\* El Dr. Andrés Fábregas es Rector de la Universidad Intercultural del Estado de Chiapas.

y aspiraciones, nos llegó el año de 1968, uno de los puntos de inflexión en la historia mexicana del siglo XX y un momento particular en el proceso que hoy llamamos globalización; 1968 fue el año de irrupción de los jóvenes a nivel mundial. En México, además, fue la señal de la llegada de la urbanización, del predominio de la vida en las ciudades, del momento en que el país rural dejaba de serlo.

Los primeros momentos del movimiento estudiantil los marcó la espontaneidad. De la solidaridad con la Revolución Cubana a la confección de un Pliego Petitorio propio en donde resaltaba la demanda de libertad a los presos políticos y el establecimiento de un diálogo público entre los jóvenes y el Gobierno, sólo mediaron algunos días. Junto con Abraham Carro y Carlos Aguirre, fui electo en asamblea de estudiantes de la ENAH, como "delegado clandestino" para asistir como representante a las reuniones convocadas por los estudiantes. Junto con los compañeros mencionados, fuimos parte de quienes fundaron el Consejo Nacional de Huelga (CNH), erigido como el máximo organismo de dirección del Movimiento Estudiantil. De aquí en adelante, en aquellos días de los meses de julio a octubre, los acontecimientos corrían a la par de nuestras aspiraciones y angustias. Las sesiones del CNH eran interminables al tener voz sin límite de tiempo los cerca de doscientos delegados que lo conformaban. Tuve en aquellos días experiencias que me marcaron en mis posteriores intereses de investigación como antropólogo y otras que, supongo, modelaron facetas de mi personalidad. En el CNH escuché un sin fin de discursos, pronunciados por jóvenes de desigual experiencia en las lides sociales y en las luchas políticas. Todos poseíamos teorías para explicar el país y cómo debería transformarse. Coincidíamos en el antiautoritarismo y la idea de libertad. No sabíamos bien a bien cómo organizar la sociedad que proponíamos, pero sí teníamos claridad en que era urgente nuestra participación en la elaboración del país y en contribuir a la apertura del régimen político. Se han publicado libros sobre el movimiento estudiantil de 1968 y se seguirán publicando.

A 40 años del suceso, aún no sabemos con claridad qué pasó, en términos de una explicación antropológica, qué intrínquilis en la lucha por el poder llevó a la oligarquía a provocar a los estudiantes en particular y a las comunidades universitarias en general. Por mi parte, viví aquellos días con intensidad, corriendo en no pocas ocasiones, durmiendo en plena sesión del CNH hasta que una "moción de silbidos" nos despertaba para aguzar el oído y votar. Había dirigentes, por supuesto, los más experimentados, "los grandes" que frisaban los 30 años, aquellos que eran miembros de algún partido o corriente de izquierda. Eran ellos los más escuchados, los más esperados en sus opiniones.



27 de agosto de 1968, mantas denunciando a la histórica prensa al servicio del estado (Detalle).

Largas noches de palabras juveniles, pronunciadas en el corazón de los recintos universitarios, voces de anhelos frescos, como los vientecillos que rumorán en las montañas. Creímos con fe juvenil en nuestra capacidad de transformar a México. Nuestros maestros creyeron en ello también. Marcharon a nuestro lado en las calles de México gritando o en silencio, pero formando parte de aquellos ríos que querían lavar el rostro de la sociedad. Recuerdo, ¡y cómo no!, a Pepe Revueltas, con un entusiasmo que lo aparejaba a nuestra energía. En el zócalo, recuerdo a Ángel Palerm y Guillermo Bonfil; a Arturo Warman y Enrique Valencia. Recuerdo a Margarita Nolasco, siempre alentando. Allí estaban los maestros, los jóvenes de ayer, como hoy lo somos nosotros, creyendo en la capacidad de renovación que el movimiento estudiantil de 1968 proclamó. Noches interminables aquellas. Al despuntar la mañana, aún no estaba el acuerdo. Se seguía discutiendo qué hacer. Mientras, las brigadas, organizadas a la manera de las pandillas juveniles de la época, distribuían folletos, manifiestos, escritos. Era una hazaña colectiva asegurar el movimiento del movimiento. Los acuerdos llegaban a donde tenían que llegar: a las asambleas permanentes. Allí eran acatados o revocados. De esa comunicación entre CNH y Asambleas Permanentes salieron las grandes decisiones, las grandes marchas como la culminante, la del silencio. Noches de intensa espera. Como aquella en la que la tropa invadió la Ciudad Universitaria. Corrimos por todos los rumbos. Heberto Castillo atravesó los campos de lava. Otros, como en mi caso, nos apuñascamos en un volkswagen para salir en reversa hasta avenida universidad, mientras veíamos a los tanques y la tropa entrar a la Ciudad Universitaria. Siempre ésa fue la respuesta. No hubo imaginación en el poder para sentarse a dialogar. Diálogo Público. Era demasiado pedir a un régimen autoritario que

despreciaba a sus propios jóvenes. ¿Qué se discutiría con esas hordas de imberbes? Han de haber pensado los círculos del poder. Y ¿cuáles presos políticos? ¿Acaso existen? Dos demandas punzantes, que acertaban en el corazón del régimen. Los que han escrito que sólo había ingenuidad en ese movimiento y la irresponsabilidad de prestarse al boicot a los Juegos Olímpicos, olvidan la profundidad de la demanda: Dialogo Público y Libertad para pensar. Ése era el sueño. Por eso murieron tantos a lo largo del conflicto y en la masacre del 2 de octubre, fecha fatídica, que ha quedado sellada en la historia mexicana.

Cuando hoy veo a la gente en la calle, marchando por el motivo que sea, me acuerdo de las apreturas de alma con la que marchábamos en el '68. El miedo era vencido colectivamente. Todos a una, a gritar, a marchar por las calles del D.F., para exigir lo elemental: el respeto a los derechos consagrados en la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos. Con nosotros o como parte de nosotros, marchaban miles de estudiantes en el mundo, en las calles del París de Sartre y Simone de Beauvoir. O en las peligrosas calles de Madrid, mientras aún reinaba el terror de Francisco Franco en la España crucificada. O en Tokio, en donde la Sengakuren organizaba y guiaba a los estudiantes. O en los campos de batalla de Vietnam, allí en donde fue asesinado el joven Guyen Van Troi por amor

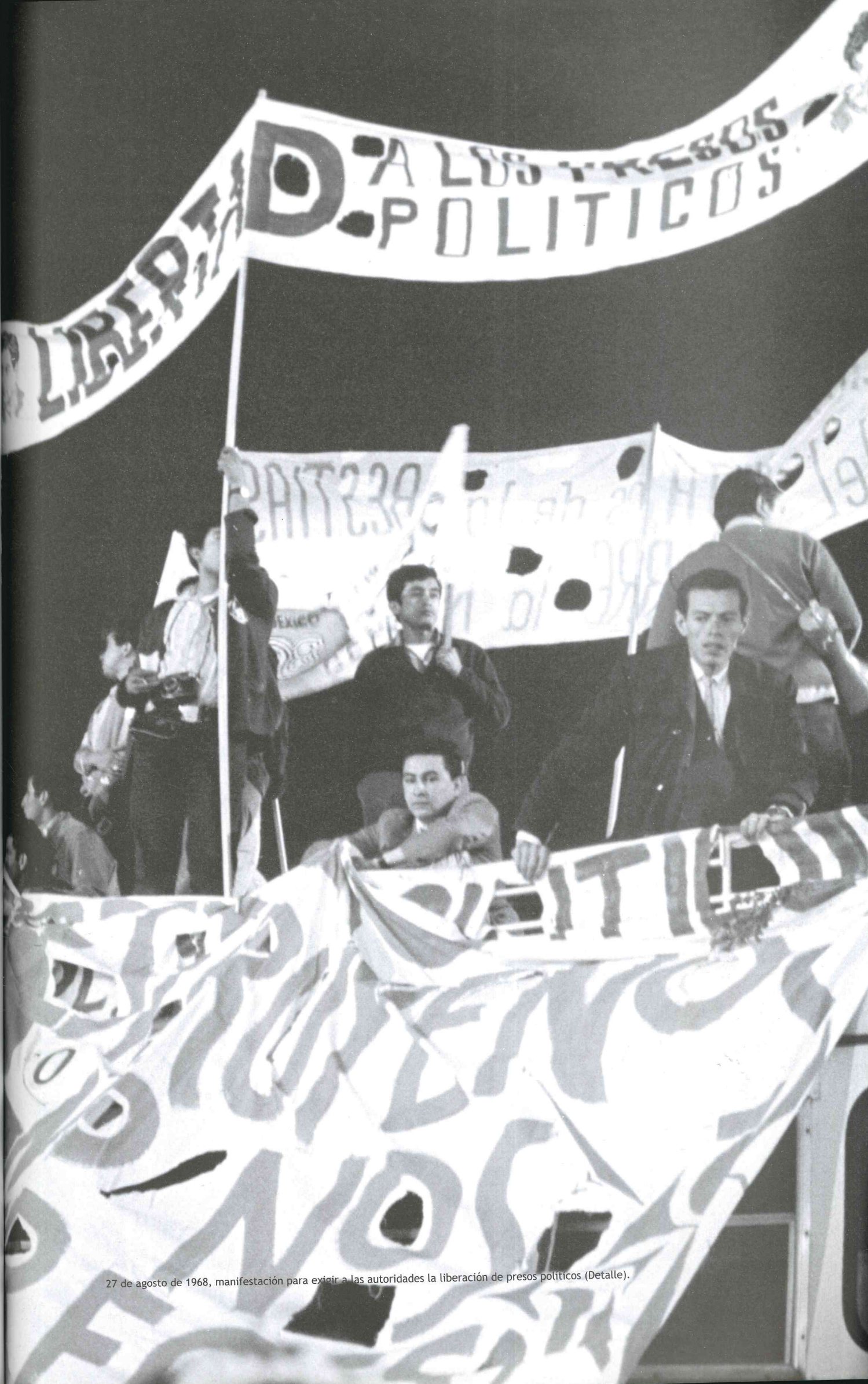
a sus campos de arroz, de agua fresca, habitada por campesinos. O en Praga, aquella de la primavera, que como las flores, asomaba el rostro de sus jóvenes como anuncio de nuevas épocas. Todos fuimos niños en esos días. Pero niños no por la ingenuidad, sino por la confianza en nosotros mismos, en la energía desplegada, en la audacia, en la capacidad de proclamar "prohibido prohibir" o "haz el amor y no la guerra".

Hoy, México es otro. Pero los tramos andados en el 1968 forman parte de la base que algún día sostendrá un edificio nuevo. Lo último en caerse es la esperanza. Permanece el grito de aquellos años, porque aún estamos sumergidos en la desigualdad social con sus secuelas. 1968 pasó. Pero también quedó como un momento de esfuerzo colectivo, de alegría en medio de la tirantez y la angustia. De pasión por la Tierra y sus Gentes. Me siento muy afortunado de haber estado allí, en aquellos días de 1968, mientras el país se sacudía con los pasos de los jóvenes. Tomados de las manos, creímos en el futuro. Marchamos para cambiar a México. No sé, y en verdad no lo sé, si algo logramos. Pero la experiencia nadie nos la quita. Nos seguirá por el resto de nuestras vidas. En mi caso, no con nostalgia, no con pesadumbre, sino como punto de referencia de que la esperanza está aquí.

San Cristóbal Las Casas, Chiapas.  
A 18 de septiembre de 2008.



27 de agosto de 1968, manifestación para exigir a las autoridades la liberación de presos políticos.



27 de agosto de 1968, manifestación para exigir a las autoridades la liberación de presos políticos (Detalle).